

EL PENSAMIENTO AMBIENTALISTA

Guillermo Foladori *

Es posible agrupar diferentes posiciones acerca de la crisis ambiental: la *tecnocentrista*, la *ecocentrista* y la *humanista o clasista*. Estas perspectivas indican, según el autor, los modos ético-políticos de enfrentar el problema.

* Antropólogo, doctor en Economía. Profesor e investigador del Doctorado en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Autor de varios libros: *Controversias sobre Sustentabilidad*; *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*; *Por una sustentabilidad alternativa*, entre otros, y múltiples artículos en revistas especializadas.

Si algo caracteriza a la especie humana del resto de los seres vivos es que su relación con la naturaleza externa y entre los propios seres humanos se ha ido modificando a lo largo del tiempo.

La revolución industrial y el régimen capitalista de producción inauguran un cambio radical en esa relación con la naturaleza externa, mediante dos procesos simultáneos. Primero, concentra a los trabajadores industriales en enormes ciudades. La gran mayoría de los recursos naturales apropiados en diversas regiones del mundo terminan su ciclo de vida, mayoritariamente, en las áreas urbanas, agrupa los desperdicios y quita a los ecosistemas los nutrientes que garantizan su reproducción. En las áreas urbanas la concentración de los desperdicios hace imposible que los ecosistemas los digieran y los reciclen, provocando contaminación. Segundo, guía la producción hacia el incremento de la ganancia; un objetivo sin límite, que obliga a producir siempre más y, consecuentemente, a apropiarse de más y más recursos naturales en una carrera sin fin. El resultado de ambos procesos es la ruptura del metabolismo entre

la sociedad humana y la naturaleza externa (Foster, 1999).

Desde los años 60 del siglo xx la sociedad humana ha percibido que los niveles de depredación y contaminación ponían en riesgo la reproducción de muchos ecosistemas, causaban efectos perjudiciales a la propia sociedad humana y podían, eventualmente, arriesgar la reproducción económica capitalista. Lejos, sin embargo, se trataba de relacionar la forma capitalista de producción con las consecuencias en la ruptura del metabolismo con la naturaleza externa. Surgieron diversas interpretaciones de la crisis ambiental que respondían a intereses económicos de determinadas clases y sectores sociales, como a posturas éticas y visiones del mundo. Lo único común a estas interpretaciones era que el desarrollo humano debía prestar más atención a los efectos sobre la naturaleza externa. Surgió así el concepto de *desarrollo sustentable* (World Commission for Environment and Development [WCED], 1987).

Es posible agrupar las diferentes posiciones sobre la interpretación de la crisis ambiental contemporánea y la forma de enfrentarla en tres grandes corrientes (Foladori, 2005 a). La primera y hegemónica –por ser defendida por los organismos internacionales, la mayoría de los ministerios de medio ambiente y planificación de los países, las cámaras de industria y comercio y las corporaciones multinacionales– la llamamos *tecnocentrista*. Esta posición identifica la causa de los problemas ambientales con tecnologías y procesos depredadores o contaminantes. Pero, también, considera que es posible cambiar hacia tecnologías limpias y energías sustentables. Sin necesidad de expresarlo conscientemente, esta posición defiende la producción capitalista, aunque arropándola de medidas ambientales.

Si bien es cierto que cambiando determinadas tecnologías y procesos es posible corregir problemas ambientales puntuales, esta posición no modifica tendencias intrínsecas a las relaciones capitalistas. No modifica la tendencia a producir siempre más y a utilizar siempre más recursos naturales. No modifica la tendencia al desperdicio productivo, derivado de que la oferta y demanda nunca coinciden cuando se produce para el mercado. No modifica la tendencia a generar productos químicamente más complejos o nuevos, con efectos crecientemente impredecibles sobre los ecosistemas y la propia vida humana. No modifica la tendencia a expoliar el suelo más allá de sus posibilidades de recuperación, mientras rinda ganancia económica. No modifica la tendencia a la producción de artículos suntuarios y bélicos. No modifica la tendencia a aumentar la diferenciación social y la inequidad, desplazando millones de personas de unas áreas geográficas a otras. No modifica la tendencia a apropiarse de riqueza por la guerra, causando degradación ambiental de alcance temporal incierto.

La segunda posición, que llamamos *ecocentrista*, representa a la sociedad como consumidora. Todas las personas, más allá de su posición de clase, son consumidoras de productos, usufructúan espacios naturales y se relacionan de manera inmediata con el medio ambiente externo y sus productos. Esta posición no tiene tanta confianza en la tecnología como solución a la crisis ambiental y, de la misma forma que el consumidor tiene una relación individual con el producto o la naturaleza con la cual se relaciona, considera que es la actitud individual lo que debe cambiar para superar la crisis ambiental. Esta posición

adjudica la causa de los problemas ambientales a veces a la tecnología, a veces a la actitud personal, a veces a la ideología; y supone que la naturaleza por sí misma es sabia y se autorregula, y es la sociedad humana la que rompe ese equilibrio intrínseco. Tiene confianza en el convencimiento individual y en el cambio de actitudes como instrumentos para transformar la sociedad.

Si bien es correcto que una mayor conciencia ambiental facilita un cambio de actitud respecto de la naturaleza, esta posición no establece las relaciones causales que existen entre el sistema de producción y los problemas ambientales. Es ingenua y voluntarista al privilegiar la actitud de las personas individualmente por sobre las relaciones económicas materiales que conducen al comportamiento depredador y contaminante. Destaca la ciencia de la ecología como base para la educación y la concientización ambiental, sin reparar en que la ecología no explica las contradicciones sociales que son la base de la organización de la sociedad humana y de su relación con la naturaleza externa. Al organizarse en torno al consumo muy comúnmente se enfrenta a grupos que representan clases o sectores sociales, como sindicatos o el mismo gobierno, con lo cual pierde la perspectiva de qué clases sociales pueden garantizar un cambio radical en la organización de la sociedad y con la naturaleza.

La tercera posición, que llamamos *humanista o clasista*, considera que el comportamiento de la sociedad con la naturaleza externa depende del tipo de relaciones que se establecen al interior de la propia sociedad humana. A diferencia de las dos posiciones anteriores, que ven a la sociedad como un organismo con intereses comunes que se relaciona con la naturaleza

externa, esta posición considera que no hay tales intereses comunes. Entiende que la sociedad humana está dividida en grupos y clases sociales con intereses encontrados; y que son esas contradicciones sociales las que explican el comportamiento con la naturaleza. Así, adjudican responsabilidades diferentes a las distintas clases y sectores de la sociedad capitalista. Quienes son dueños de los principales medios de producción, por ejemplo, disponen la forma en que se produce, el tipo de energía, y los recursos que se utilizan; sobre ellos recae, por tanto, la mayor responsabilidad de los problemas ambientales. Las clases trabajadoras no pueden ser responsables ni de la tecnología depredadora y contaminante, ni del desperdicio que la producción para el mercado reproduce permanentemente. Para esta posición ni la tecnología ni el convencimiento personal son soluciones radicales a la crisis ambiental. Reconociendo que la principal causa de la crisis ambiental está en las relaciones sociales capitalistas, esta posición confía en los movimientos sociales y en los intereses de las clases trabajadoras para presionar por un cambio en las relaciones sociales y, también, en las relaciones con la naturaleza externa.

Tanto las propuestas de acción sobre los problemas ambientales, como las alianzas políticas, también se identifican con las distintas corrientes, y explican, en algunos casos, las contradicciones que surgen entre diferentes actores. El calentamiento global es un ejemplo elocuente. Hasta mediados de los años 80, la opinión de que la atmósfera se estuviese calentando no era hegemónica entre los científicos; y tampoco que las consecuencias fuesen perjudiciales para la sociedad humana. En la segunda mitad de los 80, la comunidad científica mayoritariamente

La posición *humanista o clasista* considera

que la principal causa de la crisis ambiental

está en las relaciones sociales capitalistas.



concluye que se estaba dando un acelerado proceso de calentamiento global, y que este tenía causas técnicas, principalmente, por el consumo de combustible fósil. La posición de los gobiernos y los organismos internacionales, aunque con diferencias, consideraron la implementación de medidas, y la firma del protocolo de Kyoto fue uno de los resultados. Tanto el protocolo de Kyoto, como otras propuestas, reflejaban la *posición tecnocentrista*, que no incidía ni alteraba la dinámica capitalista y proponía cambios técnicos a largo plazo. Buena parte del movimiento ecologista se sumó a estas propuestas, colocando en el centro de las reivindicaciones la disminución de los gases de efecto invernadero. Esto último, porque el calentamiento global está basado en evaluaciones y explicaciones científicas, y la *corriente ecocentrista* se apoyan en argumentos científicos. De esta forma los intereses de la clase capitalista –con excepción de la ligada a la explotación y el consumo de petróleo y derivados– representada en la mayoría de los gobiernos, logró el apoyo de movimientos ecologistas. Pero, esta es una propuesta técnica de largo plazo y resultados inciertos, en la cual el capital representado por los tecnocentristas ha logrado aliarse con los ecocentristas.

Mientras tanto, millones de personas continúan sufriendo las consecuencias de los eventos naturales extremos, como huracanes e inundaciones, sean estas consecuencia o

no del calentamiento global (Foladori, 2005 b; Pielke, Klein y Sarewitz, 2000; Sarewitz y Pielke, 2000). La gran mayoría de las personas afectadas son pobres y trabajadoras, asentadas en zonas de riesgo más baratas, con falta de condiciones materiales para enfrentar eventos extremos, y un notorio desinterés de los gobiernos por protegerlos con programas eficientes. Políticas y recursos dirigidos a estos grupos tendrían resultados inmediatos y previsible, como una disminución de muertes, reducción de epidemias, reducción de pérdidas de empleo y demás. Pero esta alternativa significaría poner el acento no tanto en las relaciones de la sociedad humana con la naturaleza externa y en sus soluciones técnicas, como propone el *tecnocentrismo* que representa los intereses del capital –y ha arrastrado junto con él a buena parte del *ecocentrismo*– sino en las relaciones al interior de la sociedad humana, y cómo estas condicionan un determinado comportamiento con la naturaleza externa, como lo proponen las *corrientes humanistas y clasistas*.

En otros casos, el capital y las posiciones tecnocentristas que lo respaldan han logrado separar a los ecocentristas de los trabajadores. El ejemplo de las “papeleras” en Uruguay a principios del siglo XXI es elocuente. El movimiento argentino de oposición a la construcción de las fábricas de pulpa de papel en el lado uruguayo del Río Uruguay se lanzó, con espíritu ecocentrista, contra los potenciales riesgos

ambientales de tales emprendimientos. El conflicto rápidamente se polarizó entre los defensores del desarrollo y los defensores de la naturaleza. Más allá del resultado final, el gobierno uruguayo consiguió aglutinar, en su defensa de las empresas transnacionales, los intereses de los trabajadores del país, gracias a que el movimiento ecocentrista argentino centró sus críticas en los riesgos ambientales localizados, sin prestar atención a factores socioeconómicos de mayor importancia (como las implicaciones del monocultivo forestal y la vulnerabilidad económica en que Uruguay

entraría, así como la previsible automatización del trabajo en las explotaciones forestales y fábricas de pulpa de papel), consecuencias todas de gran interés para los trabajadores uruguayos. En lugar de una alianza fecunda entre los movimientos ecocentristas y las clases trabajadoras, que rebasara los límites nacionales y se encaminara a acuerdos de desarrollo de defensa del patrimonio natural, el capital de ambos países logró utilizar la demanda ecocentrista para aliarse a los trabajadores en un país y para obtener apoyo político de movimientos sociales, en el otro. 

Bibliografía

- Foladori, Guillermo, “Una tipología del pensamiento ambientalista”, en Foladori, G. y Pierri, N., *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2005 a.
- Foladori, Guillermo, “El papel de la ciencia en la moderna conciencia ambiental. El caso de los desastres naturales”, en *Revista Saúde e Ambiente*, Vol. 6, No. 1, Joinville, SC, 2005 b.
- Foster, John Bellamy, *Marx's ecology. Materialism and Nature*. Nueva York, Monthly Review Press, 1999.
- Pielke, Roger, Klein, Roberta y Sarewitz, Daniel, “Turning the Big Knob: An evaluation of the use of energy policy to modulate future climate impacts”, en *Energy and Environment*, 11, 2000.
- Sarewitz, Daniel y Pielke, Roger, “Breaking the global warming gridlock”, en *The Atlantic Monthly*, July, 2000.
- CED, *Our Common Future*. Oxford, Oxford University Press, 1987.